

nacional que llevan por título *Genealogía de los comediantes de España*. Los actores que figuran en el registro del Sr. Cotarelo son, por este orden: *Amarilis* (María de Córdoba), Cristóbal de Avendaño, Roque de Figueroa, Alonso y Tomás de Heredia, Melchor de León, Alonso de Olmedo, Cristóbal Santiago Ortiz, Baltasar de Pinedo, Antonio de Prado, Sánchez, Pedro de Valdés, los Valencianos, Manuel Álvarez Vallejo.

Tal es el libro del Sr. Cotarelo. Pocas veces se han visto 221 páginas tan aprovechadas. El autor de tal estudio merece bien de las letras, y es ya mucho más que una esperanza para la erudición española. Sabemos que muy pronto dará á luz un libro sobre la vida y obras de D. Enrique de Villena, y no dudamos que en él se han de ver más y más confirmados nuestros pronósticos.

1893.



DE LOS HISTORIADORES DE COLÓN

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO



DE LOS HISTORIADORES DE COLÓN

I.

A proximidad del centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo empieza á sentirse por la extraordinaria abundancia que cada día salen á luz discursos, libros, memorias y conferencias, encaminados á celebrar tan único y memorable acontecimiento (1). Mucho habrá, sin duda, entre tales publicaciones, condenado á irremediable muerte tras de vida efímera y sin gloria; pero ya puede aventurarse el pronóstico de que bastantes cosas han de sobrevivir al entusiasmo del momento; siendo quizá el fruto más positivo de ésta y

(1) Apenas es necesario advertir, porque de su contexto se deduce, que este artículo fué escrito y publicado en los meses de Julio y Agosto de 1892, y que hoy se reproduce sin ningún cambio substancial, omitiendo todo juicio favorable ó adverso sobre los trabajos posteriores á aquella fecha.

otras tales solemnes conmemoraciones de glorias pasadas el convertir la atención, no sólo de los indiferentes y distraídos, sino aun de los más doctos, á la averiguación de puntos oscuros, y al más exacto y cabal conocimiento de lo que tradicionalmente venía reputándose como verdadero por no ahondar gran cosa en la depuración crítica de cada uno de los particulares que integran y constituyen la narración histórica. Es cierto que en tales casos el anhelo de novedad, el amor á la paradoja, el deseo quizá de hacerse notable y famoso entre las gentes tomando rumbos opuestos á los que lleva el sentir común, suelen ocasionar exageradas y peligrosas reacciones, en que la verdad de la historia experimenta nuevo naufragio; pero aun de tales extremos pueden sacar utilidad los precavidos y discretos (*vir sapiens in omnibus metuet*), abriendo los ojos á nuevos puntos de vista, y aceptando el planteamiento de nuevas cuestiones, aunque la solución no les contente. La crítica histórica tiene mucho de juicio contradictorio, y sólo oyendo sin pasión á todos, puede tenerse alguna esperanza de equidad en el fallo, dados los límites que alcanza la fe del testimonio humano, en que la historia estriba. No ha de censurarse, por tanto,

ni al que traiga nuevos documentos, por más que en algo contradigan la noción histórica vulgar, ni tampoco al que intente dar originales interpretaciones de los datos ya conocidos, y sacar de ellos nuevas inducciones acerca del carácter y móviles de los personajes que en una gran acción intervinieron, dando á cada uno la parte de culpa ó de gloria que, según parecer del crítico, les corresponda. Cuando tanto se profesa y practica la tolerancia en todos los órdenes de la vida, no estaría bien que faltase al investigador histórico, que trabaja por lo común sobre materia muy lejana de nuestras preocupaciones y hábitos actuales, la cual sólo nos puede mover é interesar por un superior interés humano, ó á lo sumo por muy remotas consecuencias.

Á espectáculo muy interesante y curioso nos convidan las frecuentes publicaciones de estos días. No es realmente el centenario de Colón lo que debiera celebrarse, sino el descubrimiento total del Nuevo Mundo, y aun, si se quiere, el conjunto de la grande obra colonial de castellanos y portugueses, ya se la haga arrancar de los descubrimientos y sublimes adivinaciones del Infante D. Enrique, ya, como otros quieren, de la primera ocupación de las

islas Canarias. Pero aunque no falten trabajos relativos á otras partes de este vasto asunto, todavía es cierto que la mayor parte de lo que se escribe, publica y habla, recae exclusivamente sobre la persona y los viajes del primer Almirante de las Indias occidentales; ora porque su figura eclipse realmente á las demás, con ser éstas de tal magnitud; ora (y á esto nos inclinamos más) porque Colón aun siendo solo es bastante hombre para un Centenario, al paso que el Centenario resulta pequeño para la digna y total glorificación de aquel portentoso alarde de nuestra raza, que Francisco López de Gómara llamaba en 1552 «la mayor cosa, después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo crió».

Por una ú otra razón, están en notable mayoría los trabajos meramente colombinos, y aun [en éstos se advierte que, en vez de dar nueva luz á la historia de los primeros viajes y descubrimientos ultramarinos, materia asaz tratada, y en la cual por lo visto no resta mucho cebo á la curiosidad de historiadores, naturalistas y cosmógrafos (si bien otros pudieran sospechar fundadamente lo contrario, al ver que el *Examen Crítico* de Humboldt es hasta la fecha libro casi solitario en estas materias),

prefieren concretar sus monografías á las andanzas personales del Almirante, y á la apreciación de su carácter moral y de sus aciertos ó desaciertos como gobernante, así como á la apología ó censura de nuestra patria, tachada por unos y defendida por otros del cargo de ingrata y aun de inicua con el hombre que le había regalado un mundo nuevo. Esta tendencia meramente biográfica predomina en los estudios más recientes, lo cual no quiere decir que falten brillantes ensayos de otro género, quizá más elevado y trascendental, de historia. Sucesivamente se ha ido instruyendo el proceso de Colón, el de sus protectores y amigos, el de sus enemigos y émulos, el de sus precursores verdaderos ó fabulosos, y Alonso Sánchez de Huelva, los Pinzones, Bobadilla, el Comendador Ovando, el obispo Fonseca, el tesorero Santángel, el delegado apostólico F. Bernat Boyl, los rebeldes Roldán y Porras, y cuantos personajes intervinieron poco ó mucho en aquellas expediciones, han encontrado abogados y penegiristas entusiastas, á la vez que acérrimos detractores. Ha sido nuevamente agitada, y al parecer resuelta, la cuestión de la patria, y con ella de la familia del Almirante: muchos se afanan en desembrollar el laberinto cronológico

que envuelve todos los actos de su vida antes del primer viaje, y hoy tan infructuosamente como ayer se litiga, con más celo y buena voluntad que positiva enseñanza, sobre el bueno ó mal acogimiento que sus proyectos lograron en las escuelas de Salamanca, cuyos archivos guardan altísimo silencio sobre las tan decantadas juntas, de las cuales lo único que cabe decir es que nadie sabe lo que en ellas pasó, dado que hubiesen tenido la importancia y solemnidad que gratuitamente les concede una tradición vaga.

No abundan tanto como las monografías relativas á puntos particulares de la vida del Almirante las que quieren abarcarla desde su nacimiento hasta su muerte, incluyendo además los precedentes y las consecuencias del descubrimiento. Sin duda el gran número de historias de Colón ya existentes, y el justo favor de que gozan algunas, así como la escasez de documentos hallados después de las publicaciones de Navarrete y de HARRISSE, han retraído á muchos de emprender biografías nuevas, si bien entre las recientemente publicadas hay algunas de cierta importancia, como la de Gaffarel en Francia, y entre nosotros la del erudito Director de la Academia Sevillana de Buenas Letras, D. José María Asensio de Toledo, tan

conocido por las interesantes investigaciones y felices hallazgos con que ha ilustrado nuestra historia literaria del siglo XVI. La publicación de este libro de nuestro antiguo y buen amigo el Sr. Asensio, del cual nos proponemos dar sucinta cuenta á nuestros lectores, nos parece ocasión oportuna para caracterizar en breves rasgos los diversos períodos de la historiografía colombina, y aquellos autores que principalmente los representan, indicando de paso lo que aun quisiéramos ver realizado en este tan bello como inagotable tema.

Ocioso parece recordar que la bibliografía colombina es numerosísima, aunque apenas cuente cuatro siglos de existencia. Pronto será del dominio público un catálogo formado por la Real Academia de la Historia, en el que, con ser trabajo rápido, y que de ningún modo pretende agotar la materia, se da razón de más de cuatro mil obras que directa ó indirectamente se refieren á Colón y á sus descubrimientos. Pero es claro que el mayor número de ellas, como acontece en todo género de historia, son repeticiones y trabajos de segunda mano, en que no puede encontrarse más originalidad que la del criterio y estilo de sus autores respectivos. Las fuentes históricas primi-

tivas son naturalmente en escaso número, y conviene clasificarlas, atendiendo á su valor documental y al crédito que merecen en reglas de sana crítica.

No se habla aquí, por de contado, de aquel género de documentos diplomáticos, cédulas, cartas reales, provisiones, memoriales, alegatos, que son materia primera de la historia, y por decirlo así, historia latente y difusa. Faltó su conocimiento á muchos de los antiguos cronistas, aun de los más inmediatos á los tiempos del Almirante, y por eso en unas cosas anduvieron sucintos y en otras muy lejanos de la verdad. Aun el mismo Antonio de Herrera, que por su cargo de cronista de Indias pudo y debió tener á la mano las relaciones y los papeles originales de los conquistadores, no hizo en general mucha cuenta de ellos, limitándose, por ser tarea más grata y más acomodada á su temperamento literario, á poner en orden y estilo las crónicas anteriores, tejiendo con ellas el hilo de sus *Décadas*, que como obra de conjunto é historia general de la América Española, quizá no han sido superadas hasta el presente, por más que la gloria de Herrera, conocidos ya sus originales, deba repartirse hoy entre muchos participantes. Buscar la historia

del Nuevo Mundo en los papeles antes que en los libros, nadie formalmente lo había acometido antes de D. Juan Bautista Muñoz; y aun éste, por rara contradicción, después de haber formado la portentosa colección que lleva su nombre en la Academia de la Historia, y que todavía sirve de fondo principal á la erudición de los americanistas, prefirió dar, en vez de una historia erudita y documentada con pruebas é ilustraciones, un hermoso trozo de composición retórica, en que los hechos aparecen artificialmente agrupados para el efecto.

La prosa varonil y robusta de Muñoz no podía tener muchos imitadores en la degenerada literatura española del siglo XVIII, en que el arte de la prosa había venido á mucho mayor abatimiento que el de la locución poética; pero era aquél tiempo de grandes investigadores históricos, de cuya labor perseverante y bien encaminada estamos viviendo todavía, y por tanto, la nueva senda que él abrió como investigador y colector de los materiales de la historia americana había de ser más seguida y frecuentada que aquella otra en que marchaba casi solo, pisando las huellas de los historiadores clásicos y de los nuestros del Rena-

cimiento. Quedó, pues, la *Historia del Nuevo Mundo* en el primer tomo, y muerto el autor, nadie reclamó la publicación del segundo, que inédito duerme entre los volúmenes de su colección; pero la colección misma despertó la avara curiosidad de muchos, al paso que otros clamaban porque aquel tesoro se hiciese cuanto antes del público dominio, completándose con todo lo demás que pudieran contener los archivos públicos. Era natural comenzar por los documentos relativos al primer descubrimiento y á los viajes de Colón, y hacíase más de sentir esta necesidad después que los Decuriones de Génova habían ordenado la reproducción de los documentos encerrados en el célebre *Códice colombo-americano*, reproducción que llevó á cabo en 1823 Juan Bautista Spotorno.

Á D. Martín Fernández de Navarrete cupo la gloria de dar el primero solidísima base á la historia del Almirante, dedicándole íntegros los tomos I y II y parte del III de su *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV* (1825), obra que hará imperecedera su memoria y que Alejandro de Humboldt llamó «uno de los monumentos históricos más importantes de los tiempos modernos». Además de las cartas,

diarios y otros papeles del Almirante, convenientemente anotados y precedidos de una introducción sobriamente escrita y severamente pensada, véanse por primera vez reunidas, en la *Colección diplomática*, más de doscientas piezas relativas á Colón, inéditas casi todas, y sin las cuales hubiera sido vano sueño querer trazar la historia de su vida.

Sobre el libro de Navarrete trabajaron con distintos propósitos Washington Irving y Humboldt, sin contar otros más recientes y menos ilustres, uno de ellos el fanático charlatán Rossely de Lorgues, que ha llevado su audacia hasta el extremo de vilipendiar feamente al sabio laborioso y modesto que le dió reunidos todos los materiales que él ha estropeado en su fantástica biografía, escrita al gusto de las beatas mundanas y de los caballeros andantes del legitimismo francés.

En rigor, el número de los documentos relativos á Colón no ha tenido grande acrecentamiento después de la publicación de Navarrete, si se exceptúan algunos positivos hallazgos de HARRISSE, y el extracto muy concienzudo, aunque no del todo satisfactorio para los más enamorados de la figura histórica del Almirante, que el Sr. Fernández Duro ha hecho de los autos

del larguísimo pleito sostenido por el fiscal de la Corona contra los primeros descendientes de Colón: pleito que sólo muy rápidamente había dado á conocer Navarrete, y que al fin podremos leer íntegro en la *Colección de documentos inéditos de América*, que publica la Real Academia de la Historia. Tal hallazgo ha venido á modificar más que otro alguno la fisonomía del Colón legendario, y no todos se avienen de buen grado con el que ahora se nos presenta, tributario, y no poco, de las flaquezas humanas, un tanto cuanto interesado y codicioso, gobernante poco hábil, á ratos débil, á ratos violento. Pero ni las alegaciones de un pleito suelen ser depósito de la más incorrupta verdad, ni aunque se oiga á todos y en parte se dé la razón á los testigos del fiscal, bastarán tales manchas para que en el juicio sereno de la historia baje un punto Colón del pedestal á que le han encaramado los siglos, no ciertamente á título de gran político y óptimo repúblico, ni ménos como dechado de perfección moral y como santo digno de ser venerado en los altares (que esto y nada menos han pretendido disparatadamente Rosselly y sus secuaces), sino como héroe en la iniciativa y en la resistencia, y como revelador de la mitad

del mundo, y autor pacífico de la mayor revolución de la historia moderna.

Volviendo á nuestro asunto, añadiremos que los documentos oficiales y diplomáticos dicen mucho, pero que no lo dicen ni lo pueden decir todo, y que con ellos solos no es factible trazar la historia de Colón, ni otra ninguna historia. Tal género de documentos no suelen dar más que el aspecto exterior y los últimos resultados de las cosas; pero la parte moral de la historia, los ocultos móviles que impulsan las acciones humanas, y el encadenamiento con que procede la vida, ó está ausente de dichos papeles, ó sólo puede traslucirse y adivinarse entre renglones. Hacer la historia con los archivos solos, como pretendía un benemérito analista de Navarra, únicamente puede conducir á la formación de un *Diccionario de antigüedades*, en que las noticias pueden aparecer sueltas y dislocadas, ó de una *Colección de documentos inéditos*, sin más orden que el de fechas ó á lo sumo el de materias. Era sin duda peligroso el antiguo procedimiento de tejer la historia con los hilos de las antiguas crónicas y de otros documentos literarios; pero no hay duda que el documento literario, la historia escrita, sobre todo cuando la escriben los con-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

temporáneos y principalmente los que en la historia han sido actores, tiene algo que en los documentos cancillerescos y escribaniles falta, y que es precisamente el alma de la historia.

Pero así como de la veracidad del documento público no puede dudarse (salvo el convencionalismo, casi siempre muy transparente, de las mentiras oficiales), el valor del testimonio privado del cronista ó del autor de memorias, por lo mismo que penetra más allá de la superficie de las cosas, está siempre sujeto á controversia y reparo. Si no presencié los hechos que narra, pudo fácilmente ser engañado por falsos informes; aun en el caso de haber sido testigo presencial pudieron flaquearle la voluntad ó la memoria; y si puso las manos y el entendimiento en las mismas empresas que describe, sería exigir demasiado de la condición humana el pretender que ninguna nube de pasión ó de afecto se interpusiese en sus juicios, y que, hasta sin querer, no resultase la narración bajo el aspecto más favorable y honroso para el historiador de sus propias hazañas, aunque se ponga en esto todo el arte y disimulo que mostraron, entre otros grandes capitanes, que son á la vez grandes historiadores militares, Julio César, Hernán Cortés y Federico II de Prusia.

Menos podía esperarse tal artificio y templanza del alma impetuosa de Colón, que jamás fué escritor de oficio ni político profundo, y que en cartas, diarios y otros documentos tales concedía libre expansión á los varios y contrapuestos afectos de su alma, en la cual se daban ruda lucha elementos tan heterogéneos y discordantes como un iluminismo casi profético; una vanagloria muy subida de punto, que le hacía encarecer sin tasa el número de las tierras descubiertas y los tesoros y excelencias de ellas, viendo por donde quiera Ophires y Cipangos; y una ardiente y extraña superstición, muy genovesa sin duda, sobre el valor y prestigio del oro; sentimiento en cierto modo poético y que de ninguna manera ha de confundirse con la sórdida codicia. «El oro es excelentísimo: del oro se hace tesoro, y con él, quien lo tiene, hace cuanto quiere en el mundo, y llega á que echa las ánimas al Paraíso.»

Fué Colón el primer historiador de sus viajes, y ¡ojalá se hubiese conservado cuanto escribió sobre ellos! Pero la fatalidad, que parece haber perseguido los primitivos monumentos de la historia americana, nos ha privado de la mayor parte de ellos, y así ni poseemos más que en extracto, hecho por Fray Bartolomé de

Las Casas, el inestimable diario de su primera navegación, ni parece la carta que sobre ella escribió á Toscanelli, y que por la condición del sujeto debía ser más extensa que las dirigidas á Santángel y al Tesorero Rafael Sánchez; ni queda relación suya del segundo viaje, aunque Las Casas parece haberla tenido en su poder; y finalmente ha perecido, y esto es más doloroso que todo, aquella «escritura en forma de los comentarios de Julio Cesar», en que el Almirante había ido consignando día por día las ocurrencias de sus tres primeros viajes, según se infiere de carta suya al Papa en Febrero de 1502: libro que aun existía en 1554, puesto que entonces se dió privilegio para imprimirle á su nieto D. Luis Colón, el famoso polígamo, que, más cuidadoso de mujeres que de libros, no volvió á acordarse de tal privilegio, y dejó perecer en el olvido aquel monumento de la gloria de su abuelo, contentándose con llevar á Italia y vender ó facilitar á Alonso de Ulloa el manuscrito de las *Historias* de su tío D. Fernando.

Quedan reducidas, pues, las obras de Colón, prescindiendo de cartas familiares, memoriales, y otros escritos breves, de índole no literaria, á las tres relaciones del primer viaje

(que en rigor se reducen á dos) y á las del tercero y cuarto, con más el libro de *Las profecías*, que, en la parte que pertenece á Colón, nos inicia más que otro alguno en las intimidades de su alma. De los escritos puramente cosmográficos, en que había recogido los indicios de tierras nuevas y las conjeturas que dedujo de la lección de los antiguos, queda algún rastro en los primeros capítulos de la biografía que escribió su hijo. Con tales materiales reconstruyó Humboldt lo que pudiéramos decir la historia literaria del Almirante, no menos que la historia de sus ideas científicas: trabajo apenas retocado después y que ocupa buena parte del *Examen crítico de la Geografía del Nuevo Continente*. Nadie como Humboldt ha acertado á encarecer el encanto poético de algunas páginas de Colón, el profundo sentimiento de la majestad de la naturaleza que animaba al gran navegante, la nobleza y sencillez de expresión con que describe aquel «viaje nuevo al nuevo cielo y mundo que fasta entonces estaba en oculto». Pondera Humboldt, y no se harta de ponderar, así en el libro citado como en el *Cosmos*, la energía y la gracia con que la vieja lengua castellana se presta á estas inauditas descripciones de la fisonomía característica de

las plantas, de la espesura impenetrable de los bosques, de las «arboledas y frescuras y el agua clarísima, y las aves y amenidad, que le parecían no quisiera salir de allí». «La hermosura de las tierras que vieron, ninguna comparación tienen con la campiña de Córdoba: estaban todos los árboles verdes y llenos de fruta y las yerbas todas floridas y muy altas: los aires eran como en Abril en Castilla: cantaba el ruiseñor como en España, que era la mayor dulzura del mundo..... árboles de inmensa elevación, con hojas tan reverdecidas y brillantes cual suelen estar en España en el mes de Mayo.» Y al lado de estos cuadros de naturaleza idílica, tan llenos de frescuras y de primaveral encanto, ¡qué vigor de colorido en el cuadro de la tempestad, sembrado de reminiscencias bíblicas, que se contiene en la admirable carta sobre el cuarto viaje, escrita desde Jamaica en 7 de Julio de 1503! «Ojos nunca vieron la mar tan alta, fea y hecha espuma..... allí me detenía en aquella mar hecha sangre, herviendo como caldera por gran fuego. El cielo jamás fué visto tan espantoso: un día con la noche ardió como forno, y así echaba la llama con los rayos, que todos creíamos que se habían de fundir los navíos.....»

Pero no sólo por rasgos y efusiones poéticas se recomiendan estos escritos de Colón: no sólo se admira en ellos la espontánea elocuencia de un alma inculta á quien grandes cosas dictan grandes palabras, levantándola por el poder de la emoción sincera á alturas superiores á toda retórica; sino que el hombre entero, con su mezcla de debilidad y soberbia, de amargura desalentada y de sobrenatural esperanza, con el presentimiento grandioso de su misión histórica, con la iluminación súbita de su gloria, con el terror religioso que le penetra y embarga al ver descorrido y patente el misterio de los mares; con sus fantasías místicas, en que el oro de Paria y la conquista de Jerusalén, las perlas y las especerías de Levante y la conversión de los súbditos del Gran Kan forman tan abigarrado y prestigioso conjunto, sólo en las letras de Colón está, y ninguno de sus historiadores, salvo acaso el Cura de los Palacios, que parece haberle conocido muy de cerca, nos da de ello idea ni trasunto aproximado. Para penetrar en el alma de Colón, que no era ciertamente un santo, pero sí un iluminado, en quien el fervor de la acción nacía de la propia intensidad con que vivió vida espiritual é interna, no hay documento tan adecuado

como el relato de la visión que tuvo en la costa de Veragua: «Cansado me dormecí gimiendo: una voz muy piadosa oí diciendo: «Oh estulto y tardo á creer y á servir á tu »Dios ¡Dios de todos! ¿Qué hizo él más por »Moisés ó por David su siervo? Desque nascis- »te, siempre él tuvo de ti muy grande cargo. »Cuando te vido en edad de que él fué conten- »to, maravillosamente hizo sonar tu nombre »en la tierra. Las Indias, que son parte del »mundo tan ricas, te las dió por tuyas; tú las »repartiste adonde te plugo, y te dió poder para »ello. De los atamientos de la mar oceána que »estaban cerrados con cadenas tan fuertes, te »dió las llaves, y fuiste obedecido en tantas »tierras, y de los cristianos cobraste tan hon- »rada fama..... No temas, confía: todas estas »tribulaciones están escritas en piedra de már- »mol y no sin causa.»

Las palabras de los grandes hombres tienen siempre maravillosa eficacia sugestiva, y cierta virtud que pudiéramos decir prolífica. Sin ser Colón hombre de ciencia, propiamente dicho, aunque sí *mirabilmente plático y docto en las cosas de mar*, contienen las cartas y diarios de sus navegaciones indicaciones científicas del más alto precio, que Humboldt comenta y pone

á toda luz con su genial perspicacia, deduciendo de tal análisis que las facultades intelectuales no valían en Colón menos que la energía y firmeza de su voluntad. En medio de cierto desorden é incoherencia de ideas, y de algunos sueños y desvaríos, medio cosmográficos, medio teológicos, que á sus propios contemporáneos debían parecérselo, á juzgar por la blanda ironía con que habla de ellos el nada candoroso Pedro Mártir, hay en los escritos de Colón numerosas observaciones exactas, y entonces nuevas, de geografía física, de astronomía náutica, y aún de zoología y botánica; á pesar de que él se manifiesta del todo extraño al tecnicismo de los naturalistas, y no nombra, ni menos clasifica, pero sí describe tan exactamente por sus caracteres exteriores, los animales y las plantas, que ha sido tarea fácil el identificar la mayor parte de las especies que reconoció en sus viajes.

El notable descubrimiento de las variaciones magnéticas, unido á ciertas consideraciones generales, de que apenas hay otro ejemplo entonces, sobre la física del Globo, ya en lo relativo á la inflexión de las líneas isoterma, ya sobre la distribución del calor según la influencia de la longitud, ya sobre la acumulación de

plantas marinas, ya sobre la dirección de las corrientes, y sobre la especial configuración geológica de las Antillas, le hizo entrever la ley de conexión de ciertos fenómenos por él observados, con una lucidez todavía más digna de admiración si eran tan endebles sus conocimientos matemáticos como da á entender Humboldt, y no podía aplicar á los resultados de la observación el poderoso elemento del cálculo, que por otra parte estaba en la infancia. Sólo así se explica, aun tenido en cuenta el influjo de su imaginación aventurera y de la erudición pedantesca de su tiempo, que mezclase con intuiciones de tanto precio hipótesis tan extravagantes como la de la situación del Paraíso terrenal en la costa de Paria, y la de la figura de la tierra «*como teta de mujer y una pelota redonda*». Nada de esto es obstáculo para que Humboldt le conceda el mérito de haber sentado algunas de las bases de la Física terrestre, así como reconoce en nuestro P. Acosta la gloria de haberla constituido y organizado en forma de ciencia.

Por todas razones, pues; por el interés científico, por el interés literario, por el interés moral, las cartas de Colón son su primera y su mejor historia, aunque naturalmente nada nos

digan de su vida anterior á los descubrimientos, ni siquiera los abarquen en su integridad. La falta se suple, aunque sólo en parte, con otros documentos análogos, pero de distinta pluma; entre los cuales basta recordar la relación del segundo viaje enviada á la ciudad de Sevilla por el médico y alquimista Diego Álvarez Chanca, y la cabeza del testamento del heroico y fidelísimo Diego Méndez, que en una canoa llevó de la Jamaica á la Española la relación del cuarto viaje, y que en servicio de su señor el Almirante gastó todo su haber, lo cual no le impidió fundar un mayorazgo con los diez únicos libros que poseía, es á saber: una *Ética* de Aristóteles, un *Josefo*, una *Electra* de Sófocles, traducida por Hernán Pérez de Oliva, un opúsculo de Eneas Silvio y cinco tratados de Erasmo. ¡Extraña Biblioteca para un marinero de tal temple!

Al número de los documentos que siguen en autoridad histórica á las propias relaciones de Colón, y que pueden considerarse como llenos todavía de su espíritu, pertenecen sin disputa la Crónica de Andrés Bernaldez, cura de Los Palacios y capellán del Arzobispo de Sevilla Fray Diego de Deza, y las Epístolas y Décadas de Pedro Mártir de Anglería. Ni uno ni otro sur-